

escritores y esos oradores de una edad de decadencia literaria, que violentan la lengua ó la imagen haciéndola declamar en vez de hablar.

Pero la elocuencia de Bossuet era incorruptible, ni aun con sus maestros, de quienes solo tomó su fé; pero repudió instintivamente sus errores. Para distraccion de estos estudios no tenia otra sociedad que la del mariscal de Schomberg, gobernador de Metz. La mariscal, muger célebre por su hermosura y por su talento, que habia profesado en otro tiempo á Luis XIII una pasion contenida y casta, amaba y protegía al jóven orador. En todas sus cartas á la corte elogiaba el mérito y el talento del canónigo de Metz, é invitaba á éste á complacer al rey dedicando su celo á la conversion de los protestantes de Metz. Bossuet tomó en sus controversias con algunos ministros del culto reformado de la proviucia ese hábito altanero de fulminar contra los que el juzgaba errores en materia de ortodoxia y llamar crímenes contra el Estado las diferencias sobre los dogmas, hábito que fué su debilidad y mas adelante la mancha de su vida.

XVI.

El celo de la unidad de fé devoraba en aquella época todas las almas; la unidad política no parecia bastante bien afianzada ni á Richelieu, ni á Mazarino, ni al jóven rey Luis XIV, ni á su misma madre, la piadosa y tierna Ana de Austria, si no en tanto que el catolicismo no hiciera doblegar en el reino por conviccion, por corrupcion ó por fuerza todas las conciencias.

Ana de Austria vino á Metz, vió á Bossuet, admiró su palabra y escitó su celo. Le invitó á formar una sociedad de misioneros para la conversion de las familias de la religion reformada. Esta mision llegó á ser el germen de las compulsion y proserpciones que mas tarde ensangrentaron y despoblaron el reino. Bossuet se acostumbró á hacer de la predicacion sacerdotal un suplemento sagrado del poder político, á amenazar con el rey á aquellos á quienes queria inculcar la idea de Dios y en recibir en crédito en la corte la recompensa, involuntaria si se quiere, pero sin embargo directa, de sus trabajos por el cielo. Su proselitismo, todo religioso al principio, llegó á ser coaccion moral sobre las almas, y muy pronto coaccion armada sobre las conciencias, confundiendo en un solo papel su ministerio sagrado y su ministerio político. Esta primera confusion entre el sacerdote y el hombre de corte fué la que falseó frecuentemente la línea de su vida. Las abjuraciones del protestantismo, que Bossuet recibia por conversion verdadera ó simulada, eran otros tantos homenajes que aquel conquistador de almas enviaba al rey. La corte no perseguia

aun abiertamente, pero seducia é intimidaba ya en todas partes. Bossuet por su talento, su juventud, su piedad, su celo y su solicitud por servir al pensamiento de la corte, era el instrumento mas útil y brillante de aquella conquistista del reino para la religion del principe.

La conversion de un cortesano, el abate de Dangeau, y muy pronto la conversion mas ilustre del mariscal de Turena, fueron títulos que le dieron nueva celebridad.

Turena era un político muy versado por una larga práctica en los manejos de las cortes, tan cortesano como guerrero. Habiendo pasado durante la minoria de Luis XIV del partido de la rebelion al partido de la corte, conocia que debian perdonarle mucho para reconquistar el favor del rey, ya asegurado sobre su trono, y no podia soltar mejor prenda que adoptar, aunque tarde, la religion del rey. Sea que creyese que á este precio solamente podia alcanzarse el cielo, sea que calculase que de este acto dependia su rango en el ejército y en el consejo, vaciló el tiempo necesario para revestir de la debida decencia aquella su transformacion. Quiso ser instruido por Bossuet, que habia sido llamado á Paris y designado para el obispado. Poco trabajo costó á Bossuet convencer á un viejo soldado que se presentaba por sí mismo á la conviccion.

Turena, suficientemente convencido se dirigió á la corte en hora en que los cortesanos afluan al palacio. El rey estaba comiendo. Turena le pidió un momento de audiencia urgente y reservada. El rey se levantó de la mesa y condujo con amabilidad al general al alfeizar de su ventana. «Señor, le dijo Turena, tengo que hacerlos una confianza, que os suplico no divulgéis todavía. Quiero cambiar de religion.—¡Ah! cuánto me alegro!» exclamó el rey abriéndole sus brazos para estrecharle contra su corazon; pero conteniéndose por temor de revelar demasiada alegría con aquel abrazo á los cortesanos que los miraban sin oírlos, hizo entrar al nuevo convertido en su gabinete. Allí le abrazó, le felicitó y le dijo que iba á enviar inmediatamente un correo al papa para no retardar la dicha que el Sumo Pontífice iba á sentir con tan ilustre conquista. «No hagais nada, os lo ruego, señor, le dijo Turena, porque si yo creyese que esta conversion puramente espontánea podia valerme solamente el guante que llevais en la mano, no cambiaria de fé.» El rey, tan familiar como envaneido con su triunfo, quiso dar á Turena un confesor de su confianza; subieron los dos á un coche sin guardias y sin blasones para ir juntos y sin ser conocidos á buscar un confesor para Turena en los monasterios de Paris.

XVII.

Esta conversion acercó mucho mas á Bossuet al episcopado. Atribuyóse la conquista del

viejo guerrero á la lectura de un libro que Bossuet acababa de publicar, titulado *Exposicion de la doctrina de la Iglesia romana*. Este libro, escrito durante su permanencia en Metz, manifestaba mas su fé que su talento. La lucidez en la controversia, el orden en el estilo y el razonamiento aplicado á los misterios, son los únicos caracteres de este su primer escrito. Mostrábase en él Bossuet mucho mas catequista que gran escritor, pero tal era el mérito que exigía la época. Aquel libro al nacer fué ya testo, y lo es todavia para los católicos romanos. Su fama, grande ya como orador, creció como teólogo. Llamáronle al fin á predicar en Paris. Aquí fué donde se ostentó y brilló tal como era.

XVIII.

Un concurso tal como no se habia visto desde los tiempos de Abelardo, se agolpaba al atrio de las iglesias donde el jóven predicador tomaba la palabra. Se habia oído y debian oírse discursos mas literarios y acabados; pero no se habia oído, ni debia oírse nada mas sublime. Bossuet arrancaba á su auditorio de sus pensamientos habituales para trasladarlo á las regiones nuevas de la contemplacion y de la presencia de Dios. Era el orador sobre las nubes, tocando con la mano el cielo, viendo la tierra muy lejos y muy por debajo de sus plantas, jugando con los relámpagos y los rayos, colmando de desprecio por las cosas mortales el abismo de pensamientos altos, fuertes, eternos, sobre el cual inclinaba á sus oyentes, dándoles el vértigo de su prodigiosa elevacion.

Su estilo, conforme á la magestad del lugar, era sencillo como el oráculo que se desdén de agradar, inculto como la palabra que se lanza sin eleccion en la precipitacion de su pensamiento, lento como la meditacion que olvida la hora, apresurado como la inspiracion que teme escaparse de sí misma, inacabado como el dardo que se dispara á la ventura y no se sigue ni aun con la vista para coger otro, desnudo como la verdad á la que se arranca todos sus velos para pisotearlos, abundante como lo infinito, recogido como el templo, algunas veces vulgar como el pueblo, siempre apropiado por la naturaleza y no por el arte á la idea ó al sentimiento, lírico sobre todo, es decir, olvidando el auditorio y el razonamiento para lanzar el grito inesperado de la alegría ó del dolor, y gritando ó cantando entonces directamente cara á cara con Dios en diálogos ó en himnos que no se habian oído desde Moisés ó desde los profetas.

XIX.

He aquí los sermones de Bossuet. No poseemos mas que las preparaciones y los bosquejos; jalones plantados en el espacio entre cielo y tierra para trazar su camino al través de los azares de la inspiracion. Pero estos bosquejos y estas preparaciones están encadenadas por la lógica, que se restablecen fácilmente los eslabones rotos de trecho en trecho, y la imaginacion llena facilmente los vacíos. Se oye todo el discurso por algunas palabras y se mide la impresion del auditorio que entonces vivia, no por el testo, sino por las lagunas mismas del testo de esos discursos. Se conoce que cada una de estas lagunas era un abismo de reflexiones, de consideraciones y exclamaciones, en que el orador se sumergía con sus oyentes, y se concibe por lo que falta una idea mas admirable de lo que fué ¿Quién no ha reconstruido así, con la ayuda de algunos vestigios, edificios tan enteros y gigantescos como los de Palmira ó de Balbek, aunque no se lea el plano sino en sus cimientos y los materiales en el polvo?

XX.

La diccion era (dicen las tradiciones) conforme al genio. Elevada estatura, continente firme, fisonomia recogida, gesto raro, voz profunda, que arrancaba de un alma y no de un papel, dignidad que era en la vida tanto como en el ministerio un profundo sentimiento de la superioridad, no del hombre, sino del órgano de la palabra divina sobre los hombres atentos á su voz, en fin ese prestigio, que el presentimiento de la gloria futura da, desde el principio de su carrera, á los hombres que deben sobrevivir á su tiempo, tales eran los rasgos de Bossuet en el púlpito. Se olvidaba al hombre, no se veía mas que al inspirado; no se asistía á un discurso, sino á una respiracion de elocuencia. Todo el que le oía salía conmovido mas que encantado, porque no habia tiempo para pensar en la admiracion; no era por cierto esta la que el orador buscaba. De todos sus desprecios para el mundo, el mas sincero era el que tenia á la gloria humana, y precisamente este desprecio sincero era el que le daba mas elocuencia.

Su palabra caía de tan alto que lo aplastaba todo al caer, aun al orador, de donde provenia que tuviese tanto peso y tanto eco en la caida.

XXI.

La reina Ana de Austria se acordó del joven teólogo que había entrevistado en Metz, y quiso oírle. Esta princesa, después de haber abdicado el imperio, tenía la piedad tierna como el corazón. Su larga familiaridad con Mazarino, italiano de Leon X tanto como de Maquiavelo, le había inspirado una decidida afición á las artes y á la elocuencia. Bossuet predicó delante de ella en la capilla de un convento de monjas. Halagó el corazón de la madre haciendo una comparación algo aduladora entre aquella reina que había formado un rey para el trono y aquella virgen que había criado un Dios para la cruz. La adulación, ennoblecida por la maternidad, no quitó nada á la santidad del discurso. El orador fué mas bien el consolador de una desgracia que el cortesano de una reina. Ana de Austria lloró de admiración y de gratitud, y quiso que el joven orador apuntase los pensamientos y frases mas notables de aquel discurso para repetirlo otra vez en presencia de ella en mas espacioso recinto. El poeta sagrado Santenil, que había sido admitido en aquel cenáculo de oyentes privilegiados con la comitiva de la reina, salió tan entusiasmado de la poesía oratoria del predicador que con los recuerdos del sermón compuso un himno, que todavía cantan hoy en los templos, como un eco en verso de las sublimidades de Bossuet.

XXII.

Estos triunfos aumentaron de tal modo la celebridad de Bossuet que era solicitado por todos los monasterios que querian ilustrar su iglesia con esa serie de discursos piadosos que se llaman *cuaremas*, tema uniforme de todos los misterios y de todos los aniversarios, variado por la fecundidad y el talento de los oradores.

La primera *cuarema* de Bossuet fué predicada en la Iglesia de los Carmelitas de la montaña Santa Geneveva, barrio á la vez monástico y literario de Paris. Se cuenta que los maestros y los discípulos de los colegios vecinos, los académicos y teólogos de las diferentes facciones que dividian la Iglesia entre jesuitas y jansenistas se disputaban desde el alba los sitios donde colocarse alrededor de la tribuna de Bossuet. Cuando habia del púlpito, los grupos al principio silenciosos y recogidos, y luego poco á poco agitados por la discusión, se formaban en el espacioso patio del monasterio para ver pasar al hombre de la elocuencia. Los unos interpretaban sus palabras en favor de sus opiniones, y los otros las reivindicaban para su secta; pero todos estaban

acordes en proclamar en él el prodigio del púlpito. La unanimidad de entusiasmo restablecía por un momento la paz entre los partidos. Bossuet en efecto se levantaba por encima de todos por la alta imparcialidad del desden. Buscaba á la Iglesia mas lejos que aquellas sectas y á Dios mas alto que aquellas disputas; no es, pues, extraño que siquiera momentáneamente obligase á aquellos hombres á seguirle á la eternidad.

En uno de esos conventos fué donde un dia, haciendo el elogio de San Pablo, Platon inspirado de la Judea, se entregó á un arranque de elocuencia que los restos conservados de este discurso nos permiten citar. En él vemos al mismo Bossuet transparente y por decirlo así transfigurado en San Pablo: es Miguel Angel imprimiendo con su rudo cincel sus propias facciones y su propia inspiración en el rostro de su estatua de Moisés.

«Cristianos,» dijo.

«No esperéis del apóstol que venga á adular los oídos con cadencias armoniosas, ni encantarlos con vanas curiosidades. Escuchad lo que dice de sí mismo: Nosotros predicamos una sabiduría oculta; predicamos un Dios crucificado. No buscamos inútiles adornos para ese Dios que rechaza todo el brillo del mundo. Si nuestra sencillez desagradase á los soberbios, sepan que queremos desagradarles, que Jesucristo desdeña su fausto insolente y no quiere ser conocido sino de los humildes. Humillémonos, pues: á esos humildes, dirijámosles predicaciones cuya bajeza participe algo de la humillación de la cruz y que sean dignas de ese Dios que no quiere vencer sino por la debilidad.»

«Estas sólidas razones mueven á San Pablo á rechazar todos los artificios de la retórica. Su discurso, lejos de correr con esa dulzura agradable, con esa igualdad templada que admiramos en los oradores, parece desigual é incoherente á los que no lo han penetrado bastante, y los delicados de la tierra que tienen, segun dicen, los oídos finos, se ofenden de su estilo irregular. Pero, hermanos míos, no nos avergoncemos nosotros. El discurso del Apóstol es sencillo, pero sus pensamientos son todos divinos. Si ignora la retórica, si desprecia la filosofía, Jesucristo lo desprecia todo, y su nombre que tiene siempre en la boca, y sus misterios que trata divinamente, harán que su sencillez sea todopoderosa. Este ignorante en el arte de bien decir irá con su locución ruda y con su frase que huele á extranjero á esa Grecia culta, madre de los filósofos y de los oradores, y á pesar de la resistencia del mundo establecerá allí mas iglesias que discípulos ganó Platon para aquella elocuencia que se ha creído divina; predicará á Jesús en Atenas, y el mas sabio de sus senadores pasará del Areópago ó la escuela de este bárbaro; llevará mucho mas lejos sus conquistas; abatirá bajo los pies del Salvador la magestad

de los haces romanos en la persona de un proconsul, y hará temblar en sus tribunales á los jueces ante los cuales sea citado. Roma misma oirá su voz, y un dia esta ciudad señora se tendrá por mas honrada con una carta del estilo de San Pablo, dirigida á sus ciudadanos, que con tantas famosas arengas como escuchó de los labios de su Ciceron.

«¿Y de dónde procede esto, cristianos? De que Pablo tiene medios para persuadir de que la Grecia no enseña y de que Roma no ha aprendido. Un poder sobrenatural, que se complace en ensalzar lo que los soberbios desprecian, se ha esparcido y mezclado en la augusta sencillez de sus palabras. De aqui el que admiramos en sus magnificas Epistolas cierta virtud mas que humana que persuade contra las reglas, ó mas bien que no persuade tanto como cautiva los entendimientos; que no recrea los oídos, sino que asesta sus golpes directamente al corazón. A la manera que un gran río conserva todavía, corriendo por la llanura, esa fuerza violenta é impetuosa que había adquirido en las montañas donde nace, así esa virtud celeste que contienen los escritos de San Pablo, aun en medio de la sencillez de su estilo, conserva todo el vigor que trae del cielo, de donde desciende.»

XXIII.

La celebridad del predicador se elevaba y estendia á cada discurso que pronunciaba. El gran Condé quiso oírle en Dijon en aquel púlpito, por decirlo así, natal, de que otro orador sagrado debía apoderarse en nuestros dias para recordarnos á Bossuet. Allí fué lo que sabia ser siempre, político y teólogo á la vez, inspirado, tonante y hábil, no olvidando jamás la corte al hablar del cielo, ni al cielo hablando á la corte.

Después de un elogio oratorio del gran Condé que le escuchaba, Bossuet en aquel discurso vuelve á tomar de pronto su talla de apóstol en pos de su prosternación de cortesano.

«Pero no, esclama, acordándome á nombre de quien hablo, prefiero humillar bajo los pies de mi Dios las grandezas del mundo á admirarlas por mas tiempo en un héroe!»

XXIV.

El rey, prevenido por su madre y por su corte, quiso al fin que Bossuet hablase en su presencia en la capilla del Louvre. Este principe, casi illiterato entonces, poseia mas que la ciencia de lo bello en las artes; poseia su re-

velación. El don de admirar, mas raro aun que el de juzgar, era la virtud intelectual de Luis XIV. A este don debió la magestad de su reinado. La gloria que amaba y que discernia en el fondo de su ignorancia, resaltó por reconocimiento en él. Tuvo una grandeza de reflejo; las antorchas que encendió, le iluminaron.

La gran voz de Bossuet le conmovió desde el primer dia. Presintió al profeta de su tiempo; distinguió tambien á la primera mirada el genio de buen sentido, de conveniencia y disciplina natural que se adivinaba en aquella elocuencia, como se adivinaba la fuerte armadura bajo la magestad y los adornos del edificio. Pronosticó que aquel orador seria un político; se acordó de los cardenales Richelieu y Mazarino, tiranos ó tutores de su infancia. La fuerza del uno, la habilidad del otro, le parecieron revivir confundidas y aumentadas en aquel joven, nacido como ellos para el gobierno de un imperio mucho mas que para la dirección de una comunidad ó de una diócesis, y se decidió á reservarlo para su consejo mas que para su conciencia, pensando en prepararle por medio de las dignidades para el gobierno de la Iglesia de Francia bajo su propia mano. Esta era entonces una de las necesidades mas capitales de su reinado.

XXV.

Todo era facción en la fé. El rey meditaba sujetar todas estas facciones al yugo de la Iglesia romana y quedar él solo en su reino, independiente de esa autoridad á la cual queria someter al hombre, pero no al rey, y para esto necesitaba mas que un obispo, menos que un cismático y casi un patriarca. Tuvo la revelación de este hombre en Bossuet, y no se engañaba.

Al volver al Louvre encargó el rey á su secretario íntimo Rose que escribiese por él al padre del predicador que acababa de oír.

Rose escribió una de esas cartas lacónicas, pero memorables, como conviene á un rey que se baja á admirar un súbdito. El rey copió la carta por su propia mano. «Un padre, decia al consejero del parlamento de Metz, debe envanecerse de tener tal hijo.»

Esto era prometer favor é invitar á la ambición. El padre comprendió, y el rey no tardó en justificar estas esperanzas. A cada paso queria oír á Bossuet, porque ninguna palabra le parecia ya digna de Dios y del rey, excepto la suya.

Habiendo venido el padre de Bossuet á Paris para oír á su hijo, se lo enseñaron un dia á Luis XIV confundido en el auditorio y con los ojos bañados en lágrimas. «Ah! dijo el rey, he aqui á un padre verdaderamente dichoso por que asiste á la gloria y á la santidad de su hi-

jo.» Para colmar la alegría de este padre dió él mismo pocos días después el obispado de Condom al hijo. Diez años hacia que llenaba con su nombre los púlpitos de París.

XXVI.

Esta dignidad no interrumpió completamente sus predicaciones; lo único que hizo fué añadir mas autoridad al sacerdote y mas respeto á la atención pública. Otro orador se apoderó de la cátedra sagrada en el momento mismo en que Bossuet abdicaba la palabra por el obispado. Este orador era Bourdaloue. Estos dos émulos de la elocuencia fueron comparados apasionadamente. Para vergüenza de la época, el número de los admiradores de Bourdaloue sobrepusó en poco tiempo al de los entusiastas de Bossuet. La razón de esta preferencia que se daba á una argumentación fría sobre una elocuencia sublime está en la naturaleza de las cosas humanas. Los hombres de mediana talla tienen mas analogía con su siglo que los hombres desmesurados la tienen con sus contemporáneos. Los oradores que argumentan son comprendidos mas fácilmente por la muchedumbre que los oradores que se entusiasman; se necesitan alas para seguir al orador lírico, al paso que basta la lógica para seguir al orador que razona. La lógica en un auditorio es don mas común que la inspiración. Son pocos los que tienen las alas que elevan y sostienen en el espacio. Así es como se admiraba mas en la tribuna de la Asamblea constituyente á Barnave que á Mirabeau. Estas preocupaciones, que son las pruebas del genio y las ovaciones de la rivalidad, no son los fallos del porvenir. Los hombres de gran superioridad no pueden ser juzgados sino por sus pares. Estos pares, es decir, estos iguales á los hombres de genio, existen en número bastante reducido durante la vida de esos hombres culminantes para decidir de la preeminencia verdadera, para discernir el rango definitivo en la gloria, y son sofocados por la muchedumbre que juzga mas grande lo que ve desde mas cerca. Se necesitan muchas generaciones y á veces muchos siglos antes de que esos iguales pares de los hombres superiores nazcan y juzguen en bastante número para formar el tribunal competente de la verdadera grandeza. Hasta entonces, la multitud se engaña; este es el misterio de la posteridad, sus juicios anulan los de la época. Esperar es la condición de la gloria.

Bourdaloue y Massillon fueron declarados en su época oradores sagrados mas grandes que Bossuet; pero los años han rectificado este juicio. Bourdaloue no es mas que un poderoso argumentador y Massillon un melodioso lisongeador de oídos; Bossuet solo era completamente

elocuente, porque era á la vez lírico y patético y tenía las alas y el grito del águila; pero volaba y gritaba demasiado alto en el cielo para ser oído desde abajo.

Madama de Sevigné que ha transmitido con tanta gracia los cuchicheos de un siglo á otro y cuyo libro puede ser llamado la chismografía inmortal de la posteridad habla sin cesar en sus *Cartas* de las arengas de Bourdaloue y no dice una palabra de los sermones de Bossuet.

SEGUNDA PARTE.

I.

Hasta el momento de ser nombrado por el rey obispo de Condom, la vida de Bossuet en París era lo que habia sido en Dijon y en Metz, solitaria, estudiantina y ejemplar. Vivía en casa del abate de Lameth, dean de la iglesia de Santo Tomás del Louvre, especie de retiro entre el monasterio y el mundo, que protegía la austeridad de las costumbres permitiendo cultivar las amistades. Las costumbres de este gran hombre tenían esa *tristeza evangélica* que, según la Bruyere, es el alma de la elocuencia cristiana. Nada de sus pensamientos se evaporaba fuera de sí. Algunos eclesiásticos de noble nacimiento, de ciencia consumada y vida irreprochable, noviciado escogido del obispado de la época, eran su mas asidua compañía. Cierta atracción hacia la gloria y la virtud los agrupaba ya en torno del hombre prematuramente ilustre; presentían al parecer su grandeza y se honraban con el título de discípulos suyos.

En estos discípulos no veía Bossuet mas que amigos, y eran el abate de Hoquincoart, mas tarde obispo de Verdun, el abate de Saint-Laurent, preceptor del duque de Orleans, futuro regente; este eclesiástico educaba al príncipe para la piedad antes del infame Dubois, á quien sus vicios hicieron cardenal con irrisión de la virtud.

Racine el hijo refiere patéticamente en una de sus cartas la muerte del abate de Saint-Laurent, arrancado de los brazos de Bossuet.

Discípulos suyos eran también Mr. de Bedacier, obispo de Augusta, que tampoco quiso morir sino oyendo las exhortaciones de su amigo, á quien legó un priorato que gozaba en Mautes; abate Letellier, hijo del canceller de este nombre, que colmó al joven predicador de beneficios y dignidades dependientes de su obispado de Reims; el abate de Choissy, célebre en un principio por las ligerezas de juventud, escandalosas en su profesión, atraído á una vida austera y á la fe por Bossuet y dirigido por él en los estudios

históricos útiles á la Iglesia; Hardouin de Péréfixe, antiguo preceptor del rey, y ahora arzobispo de París; Fenelon, entonces discípulo y después rival, pero siempre tierno y cariñoso, y todos los amigos jóvenes de Fenelon, arrastrados por el á ese culto del corazón que habia profesado á Bossuet, y por último el abate Ledieu, comensal, confidente, secretario y familiar de Bossuet durante veinte años, y que apuntaba y registraba hora por hora para la posteridad la vida y las palabras de su maestro.

Este cenáculo de virtud, de fé, filosofía, elocuencia, conversaciones y amistad común recordaba las escuelas filosóficas de Atenas, hechas solamente mas castas y santas por la austera disciplina del cristianismo que era su vínculo. Bossuet no salía de él sino para subir al púlpito ó para cultivar algunos altos favores de la corte, conveniencias de su dignidad. Desde que era obispo, predicaba pocas veces, reservando su palabra para las grandes solemnidades que inmortalizaba con su voz elocuente.

II.

Dejóse tentar de un nuevo género de elocuencia, que recordaba los panegíricos de los antiguos, esto es, las oraciones fúnebres, discursos eminentemente adaptados á su genio por sus circunstancias, cuya tribuna era un sepulcro, cuyo testo era una vida memorable, trágica ó santa, terminada por una muerte reciente y cuyo aparato era un féretro. Aquí todo prestaba á la elocuencia del orador sagrado acentos, espectáculos, gemidos, consuelos, gritos, himnos dignos de su voz; el templo enlutado, el altar desnudo, las antorchas fúnebres, los sacerdotes vestidos de colores siniestros, el catafalco rodeado de la familia, los amigos, los hijos, los criados tristes y afligidos; las lágrimas de los parientes, el contraste de la grandeza, del poder ó de la fama del difunto, con aquel cadáver caído de repente desde las alturas de la vida á ese atahud de madera para ser un momento vano asunto de un discurso y luego para siempre presa de la tierra, abierta ya para sepultarlo; esa vicisitud cotidiana, repentina, pero siempre sorprendente, de la vida al sepulcro; esos exámenes en voz alta como en el antiguo Egipto de la memoria todavía caliente del difunto en el umbral de su sepulcro; ese presentimiento atrevido del juicio de Dios sobre el muerto, en los momentos en que ya es juzgado por el infalible juez; esa narración magestuosa ó tierna de las grandes cosas de la vida, esos acentos de historia en los anales de uno de sus actores, esas invocaciones á la Religión, único objeto aparente del discurso; esas escenas patéticas de los últimos momentos y de los recientes adioses, trazados

al rumor de los sollozos de los que sienten el vacío de aquella desaparición en sus corazones; en fin esa voz serena é inalterable del sacerdocio que domina todos estos honores, estas vanidades y estos sollozos, y que recomienda el llanto á los unos y el consuelo á los otros y á todos que se confundan ante el misterio de la voluntad de Dios y ante la soberanía de la muerte; hé aquí el espectáculo, á la vez trágico, teatral y santo, que fascinó á Bossuet y le decidió á no tomar ya pié para sus arengas sino de un sepulcro y no acercarse á su auditorio sino entre el tiempo y la eternidad.

Esta resolución probaba por sí sola su gran talento, porque el carácter á la vez literario, histórico, patético y religioso de aquellos discursos autorizaba al orador á mostrarse gran artista, sin dejar de ser un apóstol. Realizó con inimitable superioridad de palabra lo que habia concebido con tanta sagacidad; vivía en un siglo en que no faltaban ciertamente las ocasiones de alabar, llorar y admirarse. El siglo estaba lleno de grandes cosas y de hombres grandes. La elocuencia de Bossuet, como una planidera antigua, los esperaba al borde del féretro.

III.

La amistad ó el agradecimiento personales que tributaba á esas grandes memorias añadían en general una nota mas patética á sus elogios. El corazón subía á los labios y se conocía que el orador tomaba su parte en las tristezas que removía en el fondo de las demás almas.

De este modo pronunció en 1667 la oración fúnebre de Ana de Austria, madre de Luis XIV. Esta princesa, bella, sensible, política, tierna y piadosa, habia sido el juguete de todas las fortunas y de todos los infortunios de las cortes. Esposa de un marido frío, extravagante y escrupuloso, que temblaba á la presencia del cardenal de Richelieu, su ministro, no habia conocido del título de reina sino los celos y las servidumbres de que la rodeaba aquel ministro para precaverse contra el ascendiente de su juventud y de su hermosura. Unida demasiado pronto y madre de hijos á quienes su tierna edad alejaba del trono, la minoría de estos habia sido una larga tempestad, de la que las maniobras de Mazarino habian salvado penosamente su cuna. Adicta por política y tal vez por sentimiento á este ministro tan amable como hábil, de tal modo habia mezclado su fortuna á la suya, que prefirió el destierro con él al trono sin él. Las facciones y la Fronde la habian llevado del ultraje á la adoración y de la adoración á la ingratitude. Luego que el rey llegó á la mayor edad